

car, Santander, San Sebastian, y otras de Guipúzcoa y Alava recibieran guarnicion francesa. Pero esta proposicion, aunque hecha á presencia del rey, y sostenida por él, de acuerdo con la reina, fué combatida con energía por los consejeros como deshonorosa para el monarca y vergonzosa para el reino, y desechada como tal, expresándose con calor en contra de ella el marqués de Mancera y el de Montellano, lo cual hizo al rey producirse con una viveza desusada, y al embajador Amelot faltar á su habitual circunspeccion. Con este motivo Monterrey y Montalto hicieron dimision de sus plazas; se dió al conde de Frigiliana la presidencia del consejo de Aragon, y se nombró individuos del consejo de gabinete al duque de Veragua y á don Francisco Ronquillo. En cambio empeñáronse los grandes en que el embajador francés no asistiera al consejo, en tanto que el embajador español no asistiera tambien á los consejos del gabinete de Versalles (1).

Tal era la situacion del ejército, de la hacienda, de la córte y del gobierno, cuando se levantó el estandarte de la rebelion en varias provincias de España contra su legítimo soberano Felipe de Borbon, proclamando los derechos del archiduque Carlos de Austria, en los términos que vamos á referir en el capítulo siguiente.

(1) San Felipe, Macanáz, Noailles, Tessé, Berwick, San Simon, en sus respectivas Memorias.—Duclos, Memorias secretas.

CAPITULO V.

GUERRA CIVIL.

VALENCIA: CATALUÑA: ARAGON: CASTILLA.

De 1705 á 1707.

Formidable armada de los aliados en la costa de España.—Comienza la insurreccion en el reino de Valencia.—Embiste la armada enemiga la plaza de Barcelona.—El archiduque Carlos: el príncipe de Darmstadt: el conde de Peterborough.—Crítica posicion del vi- rey Velasco.—Espíritu de los catalanes.—Ataque á Monjuich.—Muerte de Darmstadt.—Toman los enemigos el castillo.—Bombardeo de Barcelona.—Estragos.—Capitulacion.—Horrible tumulto en la ciudad.—Proclámase en Barcelona á Carlos III. de Austria.—Declárase toda Cataluña por el archiduque, á escepcion de Rosas.—Decídese el Aragon por el austriaco.—Terrible dia de los Inocentes en Zaragoza.—Guerra en Valencia.—Ocupan los insurrectos la capital.—Sale Felipe V. de Madrid con intento de recobrar á Barcelona.—Combinacion de los ejércitos castellano y francés con la armada francesa.—Llega la armada enemiga y se retira aquella.—Sitio desgraciado.—Retírase el rey don Felipe.—Jornada desastrosa.—Vuelve el rey á Madrid.—El ejército aliado de Portugal se apodera de Alcántara.—Marcha sobre Madrid.—Sálense de la córte el rey y la reina.—Ocupa el ejército enemigo la capital.—Proclámase rey de España al archiduque Carlos.—Desastres en Valencia.—Entereza de ánimo de Felipe V.—Reanima á los suyos y los vigoriza.—Parte de Barcelona el archiduque y viene hácia Madrid.—Sacrificios y esfuerzos de las Castillas en defensa de su rey.—Cómo se recuperó Madrid.—Se revoca y anula la proclama-

cion del austriaco.—Entusiasmo y decision del pueblo por Felipe. Movimiento de los ejércitos.—Retirada de todos los enemigos á Valencia.—Pérdidas que sufren.—Cambio de situacion.—Estado del reino de Murcia.—Hechos gloriosos de algunas poblaciones.—Salamanca.—Ardimiento con que se hizo la guerra por una y otra parte.—Cuarteles de invierno.—Regreso del rey y de la reina á Madrid.

La pérdida de un ejército entero en el malhadado sitio de Gibraltar, la falta de caudales, consumidos en aquella desgraciada empresa, las discordias de la corte, la oposicion á admitir guarniciones francesas, el descontento y la inquietud de los ánimos producida por las disidencias de los gobernantes, por los conspiradores de dentro y por los agentes de los aliados de fuera, el poco tacto en el castigo y en el perdon de los que aparecian ó culpables ó sospechosos de infidelidad, la ocupacion en las fronteras del reino lusitano de las pocas fuerzas que habian quedado á Castilla, los reveses que en la guerra exterior habian experimentado por aquel tiempo las armas españolas, de que darémos cuenta oportunamente, todo alentó á los enemigos de la nueva dinastía y les dió ocasion para tentar la empresa de acometer el litoral de España, provocar la rebelion y apoderarse de los puntos en que contaban con mas favorables elementos.

A este fin, despues de larga discusion en la junta magna que se celebró en Lisboa entre los representantes de las potencias aliadas, se resolvió la salida

de una grande espedicion naval anglo-holandesa, compuesta de mas de ciento setenta naves, la mayor parte de guerra, que los Estados de las Provincias Unidas y la reina de la Gran Bretaña tenian preparada en aquellas aguas. La empresa se dirigia principalmente contra Barcelona y Cataluña, sin perjuicio de sublevar otras provincias del Mediodía y Oriente de España. Iba en la armada el pretendiente austriaco, y por general de las tropas el inglés conde de Peterborough. En medio del sol abrasador de julio (1705) se presentaron algunos navíos á la vista de Cádiz, hicieron una tentativa inútil sobre la Isla de Leon, que encontraron prevenida, tomaron rumbo á Gibraltar, donde se embarcó el príncipe Jorge de Darmstadt con tres regimientos de tropas regladas, y pasaron á recorrer las costas de Almería, Cartagena y Alicante. La lealtad de los alicantinos respondió con entereza á las propuestas que desde bahía les enviaron los confederados (8 de agosto), con lo que prosiguieron éstos adelante, dando fondo en Altea, donde acudió desde Ondara un don Juan Gil, antiguo capitán del regimiento de Saboya, vendido ya á los aliados, al cual entregaron cuatrocientos fusiles y algunos tambores, para que levantára y armára partidas de paisanos en la comarca, dejándole tambien cartas y credenciales para el arzobispo de Valencia, el conde de Cardona y otros de su partido.

En tanto que el grueso de la armada seguia su

derrotero á Barcelona, algunos navíos anclaron en el puerto de Denia, avisaron con salvas á los moradores, de cuyas disposiciones sin duda estaban ya seguros, y les enviaron pliegos pidiendo se les entregara la ciudad. Congregado el ayuntamiento con los principales vecinos, y de acuerdo con el gobernador, que lo era entonces don Felipe Antonio Gabilá, se resolvió franquearles las puertas y entregarles las llaves de la ciudad y castillo. Al día siguiente (8 de agosto) desembarcaron los ingleses, se proclamó solemnemente á Carlos III. de Austria como rey legítimo de España, y se cantó el *Te Deum*, en medio de los repiques de las campanas y de las salvas de la artillería. Dejaron allí los aliados por comandante general á un valenciano llamado Juan Bautista Basset y Ramos, hijo de un escultor de Valencia, que sentenciado á pena de horca por un asesinato que habia cometido, logró fugarse, y habiendo pasado primero á Milan y despues á Viena sirvió en la guerra que el emperador hacía al turco en Hungría, y ahora el archiduque le habia dado patente de mariscal de campo. Esta fué la primera ciudad de la corona de Aragon que faltó á la fidelidad de Felipe V. y proclamó al archiduque de Austria (1).

(1) *Relacion de la entrada que hicieron en la ciudad de Denia las armas de la Magestad Católica del rey nuestro señor don Carlos III.*: impreza: tomo de Varios, perteneciente á la biblioteca de don Próspero de Bofarull, archivero general de la corona de Aragon.—Belando, *Historia civil*, Parte I., c. 36.

Difundióse en esto la alarma y la perturbacion por todo el reino de Valencia. Los trabajos del conde de Cifuentes y de otros magnates desafectos á la casa de Borbon no habian sido infructuosos. El pais estaba minado: tumultuáronse varios pueblos, vacilaban otros, y á todos alcanzaba la conmocion. El don Juan Gil habia repartido los fusiles, y andaba ya con su tropa de paisanos, en cuerpo de camisa, con sus alpargatas de esparto á los pies y sus piernas desnudas; primeras tropas que se forman siempre en las guerras civiles. A sofocar aquel principio de incendio acudió á la villa de Oliva el virey de Valencia, marqués de Villagarcía, asistido del mariscal de campo don Luis de Zúñiga, con la poca gente de que podia disponer. Agregóseles el duque de Gandía, como señor de muchos de aquellos lugares; y el rey don Felipe envió al general don José de Salazar con la caballería de las reales guardias, y otro regimiento de la misma arma mandado por el coronel don José Nebot. Tal vez habria sido esto suficiente para apagar en su origen la rebelion valenciana, si iguales ó parecidas novedades por la parte de Aragon no hubieran hecho necesario enviar allá al Salazar con sus guardias y las milicias, quedando solo con Zúñiga el catalan Nebot. Para la defensa de Denia no tenian los rebeldes sino un solo cañón: pero don Juan Gil, que habia acudido con algunos de sus paisanos armados, supo engañar las tropas reales figurando cañones de troncos pintados, y

haciendo hileras de bultos que remedaban hombres.

Sin embargo, este artificio habria sido insuficiente sin la infidelidad de Nebot, que pasándose con su regimiento á los rebeldes, llevó prisioneros á los oficiales que no querian seguirle, y uniéndose á Basset en Denia, salieron juntos y sorprendieron y aprisionaron en Oliva al general Zúñiga con todos los suyos (12 de diciembre, 1705). Este golpe fué fatal para todo el reino de Valencia. Los rebeldes se apoderaron pronto de Gandía, de cuya ciudad sacaron la artillería que en el siglo XVI. hizo fabricar su antiguo duque San Francisco de Borja, y con ella guarnecieron á Alcira que les abrió las puertas. Dirigiéronse desde allí á la capital, que el virey marqués de Villagarcía abandonó, viéndolo todo perdido. El pueblo, previa una formal capitulación, en que se ofreció todo lo que quiso pedir, abrió la puerta de San Vicente á su compatriota Basset, que entró en Valencia con quinientos infantes, y trescientos hombres montados en mulas y caballos de labranza (16 de diciembre, 1705). Basset y Nebot recibieron el tratamiento de Excelencia y Basset substituyó el vireinato en el conde de Cardona, á quien se le confirmó despues el archiducado ⁽¹⁾.

(1) La capitulación constaba de 21 artículos, y en ella se ofrecia: 1.º que aclamarían por su rey á Carlos III. de Austria; 2.º que se conservarían los fueros y privilegios que gozaban á la muerte de Carlos II.; 3.º que se mantendrían los derechos é impuestos acostumbrados á la ciudad y reino; 4.º que tendrían franco el comercio con Castilla; 5.º que se conservarían las vidas y haciendas; 6.º que se

Declarada Valencia por el archiduque, todo fué ya sublevaciones y confusión en aquel reino. Levantóse en Játiva y se apoderó de ella un don Juan Tárrega; de Orihuela el marqués del Rafal; y en tanto que en los castillos de Peñíscola y de Montesa se refugiaban algunos capitanes leales, y que Alicante, y la Hoya de Castalla eran el asilo de los que se mantenían fieles, y que unos pueblos aclamaban á un rey y otros á otro, la gente perdida que sale siempre y se mueve en las revoluciones, saqueaba, robaba y asesinaba á su libertad y sabor. El arzobispo de Valencia, resentido de que no le hubieran dado el vireinato, se vino á Madrid con el marqués de Villagarcía blasfemando de leal. A Basset le aclamaban libertador y padre de la patria, y le daban una especie de adoración popular celebrando como milagros todas sus acciones. En tal estado quedaban las cosas en Valencia al espirar el año 1705, cuando fué nombrado virey el duque de Arcos, y comenzaron á entrar tropas para sujetar la rebelión.

Sucesos harto mas graves habian ocurrido á este tiempo en Cataluña, donde los ánimos de los naturales estaban mas predisuestos todavía que en Valencia

respetarian las iglesias y comunidades religiosas; 7.º que se daría el plazo de un año á los que quisieran irse ó quedarse, con facultad de vender sus bienes; 8.º que no se tocaría á los diezmos y primicias, y demas rentas de la iglesia, etc.—Belando, Historia Civil de España, tom. I. cap. 37.—Macanáz, Memorias MMSS. cap. 33. A la madre de Basset, que vivía en un estado humilde, se la hizo marquesa de Cullera, y con este título vivió y murió en Denia.—Belando, ubi sup.

contra la dinastía de Francia, incomodados además con el gobierno de don Francisco de Velasco, y grandemente irritados con las prisiones, destierros y castigos por él ejecutados en Barcelona y otras ciudades catalanas (1). Entonces se vió el daño de su indiscreta obstinacion en no querer admitir guarniciones francesas, considerándose bastante fuerte para conservar aquella provincia y ocurrir á todo evento.

El 22 de agosto (1705) fondeó en la playa de Barcelona la grande armada anglo-holandesa, con no poco susto del virey Velasco, que comenzó á tomar algunas medidas de defensa, y á querer imponer con severos castigos á la poblacion haciendo ahorcar algunos que tenia por sospechosos. El espíritu del pais empezó tambien á mostrarse luego, acudiendo del llano de Vich mas de mil hombres á orilla del mar á proteger el desembarco de las tropas de la armada. Hicieronlo estas en los días siguientes, con el conde de Peterborough, el príncipe de Darmstadt y otros principales cabos, acampándose en línea recta desde el muelle hasta San Andrés del Palomar, y al sexto día una salva general de los navíos anunció haber saltado á tierra el archiduque Carlos de Austria, el cual plantó sus reales en la Torre de Sans, y allí comenzó á ser

(1) Los casos y circunstancias de los rigores que con poca discrecion se emplearon, así por Felipe V. y su gobierno en la corte como por el gobernador Velasco en Barcelona, contra varios catalanes acusados ó sospechosos de infidencia, se refieren con minucioso conocimiento de los hechos en la *Historia de las Guerras civiles del conde de Robres*, manuscrita, cap. 5, párr. 5.

tratado como rey por los embajadores de Portugal é Inglaterra, y por los naturales del pais, que á bandadas bajaban ya de las montañas: y tanto él como el conde de Peterborough en los manifiestos que publicaban y hacian esparcir prometian á los catalanes la conservacion de su religion, de sus privilegios, fueros y libertades, como quienes iban á librarlos (decian) del yugo del monarca ilegítimo que los tiranizaba. Crítica era en verdad la posicion de Velasco: la armada enemiga era poderosa y formidable; los catalanes de la comarca al toque de somaten afluan á reconocer y ayudar al nuevo soberano; desconfiaba de los habitantes de la ciudad, y en sus mismos bandos y pesquisas indicaba el convencimiento de que dentro de sus muros se abrigaba la traicion; sus fuerzas eran escasas, y consistian en algunas compañías de miqueletes, y en las pocas tropas que habian traído de Nápoles el duque de Pópoli, el marqués de Aytana y el de Risburg: la falta de medios de defensa queria suplirla con medidas interiores de rigor, ya apoderándose de todos los mantenimientos, ya mandando degollar á todo el que se encontrara en la calle despues de las nueve de la noche, con cualquier motivo que fuese; ya prohibiendo bajo pena de la vida salir de casa durante el bombardeo, aunque en ella cayesen bombas y se desplomase, y otras providencias por este órden, contra las cuales en vano le representaba por medio de su síndico la ciudad.

El 14 de setiembre dos columnas de los aliados, mandadas la una por el príncipe de Darmstadt, la otra por el conde de Peterborough, subieron por la montaña de Monjuich, y matando algunas avanzadas se apoderaron de las obras exteriores y se posesionaron del foso. Pero una bala disparada del fuerte atravesó al príncipe de Darmstadt, de cuyas resultas murió luego. Era el de Darmstadt el autor de aquella empresa, y el mas temible de los gefes aliados, como virey que habia sido de Cataluña: fué por lo mismo su muerte muy sentida y llorada de todos los catalanes partidarios de la casa de Austria (1). Mas si bien este acontecimiento animó á los de la ciudad, y subiendo el virey y los demas generales lograron hacer cerca de trescientos prisioneros ingleses y holandeses, con lo cual se volvieron gozosos á la plaza, no cesó en los tres dias siguientes por parte de los aliados ni el ataque de Monjuich, ni el bombardeo simultáneo de la plaza y del castillo, haciendo las bombas no poco estrago en la poblacion, é incendiando entre otros edificios la casa de la diputacion. Al cuarto dia, ó producido por una bomba, segun unos, ó por traicion segun otros, volóse con horrible estruendo el almacén de la pólvora de Monjuich (17 de setiembre), que contenia cerca de cien barriles, y derribando la ma-

(1) Dedicaron á su muerte sermones panegíricos, y muchas composiciones poéticas, en que se espresaba el sentimiento general del país: de uno y de otro se conservan algunos ejemplares impresos que hemos tenido á la vista.

yor parte de la muralla que mira al mar y á Barcelona, embistieron los aliados y se apoderaron del castillo, haciendo prisioneros de guerra á los trescientos hombres que en él habia, habiendo antes perdido la vida el gobernador Caracho.

Dueños de Monjuich los aliados, todas las baterías de cañones y de morteros, asi de los navíos, como de castillo y del medio de la montaña, formada esta última por los paisanos, comenzaron á arrojar sobre la ciudad (18 de setiembre) tal número de bombas, balas y granadas, que aterrados los habitantes, sin cuidarse del bando del virey ni ser éste capaz á impedirlo, se atropellaban á salir de la poblacion, verificándolo cerca de diez mil personas. Todos los dias siguientes continuó jugando casi sin interrupcion la artillería, causando las bombas incendios y estrago en los edificios, abriendo las balas ancha brecha en el muro. Escasos eran los medios de defensa de los sitiados; faltaba quien sirviera la artillería, y aun dando doce doblones de entrada y diez reales diarios se encontraron muy pocos que quisieran hacer aquel servicio. A la primera y segunda intimacion que hizo el de Peterborough á Velasco para que entregara la plaza si queria evitar los horrores del asalto (26 y 28 de setiembre), contestó el virey con entereza: no asi á la tercera (3 de octubre), en que solo le daba cinco horas de plazo para la resolucion. Entonces Velasco anunció á la ciudad y diputacion que estaba dispuesto

á capitular, y comunicada esta resolución al general enemigo, se suspendieron las hostilidades. El 8 de octubre se publicaron las capitulaciones acordadas entre milord Peterborough y don Francisco de Velasco, que en verdad no podían ser mas honrosas para los vencidos. Constan de cuarenta y nueve artículos, de los cuales era el principal: Que la guarnición saldría con todos los honores de la guerra, infantería en batalla, caballería montada, banderas desplegadas, tambor batiente, y mechas encendidas, con diez y seis piezas de batir, tres morteros y seis carros cubiertos que no podrían ser reconocidos.

Tomábanse los días siguientes las disposiciones necesarias para evacuar la plaza, cuando el 12 se difundió por la ciudad la voz de que el virey quería llevarse los presos que desde el año anterior tenía en la Torre de San Juan, por sospechosos de traidores, y que para eso había pedido los seis carros cubiertos. Publicóse también, y era verdad, que Gerona, Tarragona, Tortosa, casi toda Cataluña había proclamado ya por rey á Carlos III. de Austria. Añadióse que Velasco trataba de ajusticiar secretamente algunos de los presos, y que se habían encontrado en el foso de la muralla tres cuerpos de hombres decentemente vestidos, sin cabezas y cubiertos con esteras. Exaltados estaban con esto los ánimos, cuando el día 14 (octubre) quiso la fatalidad que el alférez de la guardia de la Torre, de resultas de algunas palabras que tuvo

con uno de los presos, echase mano á una pistola; entonces los presos comenzaron á gritar: «que nos quieren matar! misericordia! socorro!» Los vecinos del barrio, que con el recelo estaban ya al cuidado, gritaron á su vez corriendo de una calle en otra: «*A las armas, germans; que degollan los presos; aném á salvarlos las vidas; Visca la Patria! Visca Cárlos Tercer!*» A estas voces, y al ruido de las campanas de todos los templos, inclusa la catedral, que tocaban á somaten, movióse general alboroto dentro y fuera de la ciudad, asustóse la guarnición, todos, hasta los clérigos y frailes, tomaron las armas que hallaban á mano, los vecinos dejaban la defensa de las casas á las mugeres y se lanzaban á la calle y á la ribera; la primera operacion de los tumultuados fué soltar los presos de la Torre, después los de todas las cárceles; todos discurrían como frenéticos, acomeliendo á los soldados y desarmándolos, asaltando la casa de la ciudad, el palacio del virey, los baluartes, sin miedo á la artillería, hasta apoderarse de los cañones, obligando á los tercios de Nápoles, al antiguo de la milicia azul de España, á la caballería, á la gente de todas armas á abatirlas, y clamar: «buen catalán, sálvame la vida;» á lo que contestaban ellos: «*Santa Eulalia, victoria, visca Cárlos Tercer!*»

Ya en toda la comarca tocaban también las campanas á somaten; corrió la voz entre los de fuera que los ciudadanos y la guarnición se estaban degollando,